

Nuestros países frente a la crisis mundial*

ALDO FERRER | aldoferrer@ymail.com
Universidad de Buenos Aires, Argentina.

La crisis mundial plantea graves desafíos a nuestros países de la América del Sur. La debacle de los mercados financieros y la recesión en las mayores economías industriales contagia a nuestras economías deprimiendo la producción y el empleo y creando un clima de inseguridad que provoca, entre otras consecuencias, la fuga de capitales y la inestabilidad de la paridad de las monedas nacionales.

Pero la crisis no solo es una enorme perturbación de la “coyuntura”, del corto plazo. Implica el derrumbe del mundo del dinero que fue el principal eje organizador de las relaciones económicas internacionales de las últimas décadas y de la ideología hegemónica de los países centrales del sistema. Ideología que tanta influencia ejerció en América Latina, bajo el paradigma del Consenso de Washington. Nuestro desafío no es solo, entonces, responder a las consecuencias de “coyuntura” de la crisis, sino replantear, al mismo tiempo, nuestra estrategia de desarrollo, integración regional e inserción en el orden mundial globalizado. La primer tarea es, entonces, recuperar nuestro pensamiento crítico del olvido al cual lo relegó la hegemonía neoliberal.

La convocatoria de este Seminario es oportuna e indispensable para observar el mundo desde nuestras perspectivas e intereses y trazar, cada país por

* Trabajo inicialmente elaborado para o seminário “Crise – Desafios e Soluções para a América do Sul”, organizado pelo Governo do Estado do Paraná e realizado de 25 a 27 de março de 2009, em Foz do Iguaçu, Paraná, Brasil.

las suyas y todos juntos en la mayor medida posible, las respuestas adecuadas para defendernos del contagio de la crisis mundial y proteger el trabajo y el nivel de vida de nuestras sociedades.

Esta contribución al Seminario recuerda que el pensamiento de nuestros países, antes de ahora, dió respuestas a problemas comparables a los actuales y señala como, en las contribuciones de Prebisch, Furtado y otros eminentes latinoamericanos, podemos encontrar enseñanzas pertinentes para entender y enfrentar los problemas de la actualidad. Desde una perspectiva que pretende ubicarse en esa tradición, se formulan conclusiones sobre los “desafíos y soluciones” que enfrentamos y son el objeto del Seminario.

El mundo del dinero

La ideología del mundo del dinero

Desde principios de la década de 1970, el mundo del dinero se convirtió en el espacio dominante del capitalismo y principal organizador de las reglas de la globalización. En las últimas cuatro décadas, el valor de los activos cotizados en todos los mercados de capitales del mundo, creció tres veces más rápido que el PBI mundial. La euforia financiera generó niveles insostenibles de deuda. En los Estados Unidos, la deuda pública y privada, representa actualmente casi tres veces el PBI norteamericano. La deuda de las familias norteamericanas es 50% mayor que su ingreso disponible y en Gran Bretaña 100%. El apalancamiento es aún mucho mayor en el sector financiero. En los Estados Unidos y la Unión Europea, la relación deuda a capital propio de los bancos de inversión es entre 25 y 30 a uno.

Estos niveles gigantescos de deuda se han difundido en el sistema global. Según el Banco de Pagos Internacionales de Basilea, los movimientos transfronterizos de capital pasaron a representar, del 5% del PBI mundial en 1990, a cerca del 25% en la actualidad. Esos movimientos son esencialmente de fondos especulativos como lo revela el hecho que, de los más de dos billones de dólares que se mueven diariamente en los mercados de cambios del mundo, el 95% corresponde a operaciones especulativas de arbitrajes de tasas de interés, cotizaciones bursátiles y paridades de divisas.

El desarrollo de la globalización financiera fue facilitada por la revolución informática que redujo drásticamente los costos de transacción entre todas las plazas financieras. Pero, sobre todo, fueron facilitadas por la desregulación de las

transacciones promovidas por los gobiernos de los países centrales, bajo el liderazgo norteamericano.

Los intereses del campo financiero conformaron la ideología dominante en la economía mundial, el neoliberalismo. El liberalismo clásico promovió la liberación de los mercados reales y monetarios en condiciones de equilibrio macroeconómico. En cambio, el neoliberalismo impulsó la liberalización, aún a costas de tales equilibrios, si el resultado era aumentar la demanda de crédito y las oportunidades de la especulación. De este modo, los países centrales promovieron en las economías en desarrollo rápidas y profundas reformas “estructurales” pro mercado, sin la adecuada evaluación de los costos y beneficios de tales reformas y su impacto sobre el desarrollo y los equilibrios del sistema.

En tal sentido, cabe interpretar el apoyo de los mercados y el FMI, a políticas de tipo de cambio de equilibrio de mercado (TCM). El mismo es determinado por la oferta y demanda de divisas en el corto plazo, aun cuando, en el mediano y largo, provoque desequilibrios inmanejables y frene el desarrollo. Este es un fenómeno particularmente observable en los países subdesarrollados especializados en las exportaciones de productos primarios. Las consecuencias de la apreciación del tipo de cambio fueron desestimadas porque aumentaba la demanda de fondos para financiar los crecientes desequilibrios macroeconómicos y las oportunidades de la especulación financiera. Las entradas de capital especulativo reforzaron la apreciación cambiaria. La experiencia argentina, bajo el programa económico del periodo 1976-82 y durante el régimen en la década del 90, es uno de los más claros ejemplos en esta materia.

En su tiempo, Raúl Prebisch denominó “pensamiento céntrico” a las ideas con las cuales las potencias dominantes organizaban el orden mundial. La ideología del mundo del dinero reinstaló la hegemonía de las ideas de las mayores economías industriales. En los centros, esa ideología debilitó el crecimiento de la producción y el empleo y fue determinante en la evolución macroeconómica, el empleo y la distribución del ingreso. Finalmente, provocó la actual crisis mundial. En la periferia fue fatal, porque, al mismo tiempo, debilitó los procesos de transformación productiva y la capacidad de gestionar el conocimiento. Pero esto no sucedió en toda la periferia sino, principalmente, en la América Latina.

Los países emergentes de Asia, reiterando el patrón de conducta del Japón durante su acelerado desarrollo de la posguerra, no se sometieron al pensamiento céntrico. Los estados nacionales sostuvieron tipos de cambio de equilibrio desarrollista (TCED). Sus políticas activas jugaron un papel fundamental en la capacidad de gestionar el conocimiento, asimilar tecnología y transformar la estructura

productiva incorporando las actividades industriales de la vanguardia tecnológica. Construyeron capitalismo nacional fundados en procesos endógenos de acumulación, abiertos al mundo, al comercio exterior y la inversión privada directa extranjera, pero manteniendo el comando nacional de la acumulación y el protagonismo de las empresas locales. Tal fue la experiencia de los “tigres asiáticos”, principalmente, Corea y Taiwán y de los dos “gigantes”, China e India.

Varios de esos países, cometieron *deslices* financieros creando, en sus mercados internos, burbujas asociadas a la especulación financiera, como sucedió, por ejemplo, con la crisis de Corea de 1997. Pero antes habían respondido bien a los desafíos de la globalización, a través de la transformación de sus estructuras productivas y el fuerte contenido nacional de su estrategia. De este modo, a breve plazo, a diferencia con la crisis de la deuda de América Latina, resolvieron las crisis financieras, sin perder el comando de su proceso de desarrollo

En América Latina, desde la crisis de la deuda, la década perdida de los ochenta y hasta tiempos recientes, el predominio de la estrategia neoliberal, debilitó el proceso de transformación y no resolvió los problemas sociales y la desigualdad prevalentes en la región. Existen experiencias nacionales diversas, pero esa fue la tendencia predominante. Nuevamente, Argentina, proporciona el ejemplo más extremo de las consecuencias de la subordinación al pensamiento céntrico.

El comportamiento de la economía de Estados Unidos

La economía norteamericana ha sido decisiva en la globalización del orden mundial contemporáneo y, particularmente, en el campo financiero. Los Estados Unidos generan el 20% del producto mundial y es protagonista principal del comercio internacional, las inversiones privadas directas y la circulación de información. Estos factores y la abrumadora superioridad militar del país, alcanzarían para otorgarle el papel protagónico que ocupa en el orden global contemporáneo. Pero, además, tiene el privilegio que su moneda nacional sea reconocida como el principal medio de pago internacional y de formación de reservas en el resto del mundo. De hecho, este funciona como mercado financiero interno de los Estados Unidos, con una capacidad ilimitada de absorber la oferta de dólares y papeles de deuda norteamericana.

A partir de la década de 1960, ese país logró mantener y financiar, en su propia moneda, un déficit del balance de pagos en cuenta corriente del orden del 5% de su

PBI y 1% del mundial. El aumento de las reservas de dólares del resto del mundo, impulso la desenfrenada globalización de la especulación financiera, que estalló en la actualidad. Nunca prosperaron iniciativas para sustituir la creación de liquidez internacional en torno del patrón dólar por medios alternativos, como los derechos especiales de giro y, por lo tanto, de imponer finalmente un proceso de ajuste a la economía norteamericana. El sistema siguió así funcionando con el déficit continuo de los pagos norteamericanos y la acumulación de dólares en el resto del mundo.

De este modo, se consolidó el extraordinario rasgo del orden global contemporáneo referido a la disponibilidad sin límites, del resto del mundo, de acumular papeles de deuda y dólares norteamericanos. El fenómeno se explica porque el déficit norteamericano, más sus efectos multiplicadores, expande la demanda agregada e impulsa la producción y la acumulación de capital a nivel global. Algunas de las economías más dinámicas (como fue la del Japón en su fase de expansión y, actualmente, la de China), tienen una capacidad de generación de ahorro que no es totalmente absorbida por la inversión determinada por su demanda interna. El ahorro interno excedente en esos países no encontraría destino en la inversión, si no fuera por el déficit de los Estados Unidos. Además, las importaciones de bienes producidos en economías emergentes de bajos salarios, contribuyeron a moderar las presiones inflacionarias en las economías avanzadas.

En definitiva, todos se beneficiaron con la situación. En primer lugar, el mundo del dinero cuyas operaciones se multiplicaron constituyéndose en fuente principal de las ganancias en el sistema. Al mismo tiempo, la población norteamericana se permitió un nivel de gasto superior a su ingreso. A su vez, las economías emergentes superavitarias aumentaron su tasa de acumulación y crecimiento, en el contexto de la expansión de las actividades de la frontera tecnológica y la profunda transformación de la estructura productiva. América Latina también se benefició porque el dinamismo de las economías emergentes de Asia, confirió nuevo impulso a la economía mundial y, en los últimos años, contribuyó al aumento de la demanda de alimentos, energía y materias primas, que se reflejó en un sostenido aumento de precios de los *commodities*.

El descalabro del mundo del dinero

En el pasado, la globalización financiera soportó varios momentos críticos provocados por crisis de deuda de países emergentes, derrumbe de cotizaciones en algunos sectores económicos o insolvencia de agentes financieros. Pero,

todos esos episodios, afectaron segmentos parciales del mercado, no se generalizaron a todo el mundo del dinero ni contagiaron severamente a la economía real de los países y al comercio internacional. En la actualidad, en cambio, la crisis inaugurada en el 2007 con el derrumbe de las hipotecas *subprime* norteamericanas y que alcanzó su máxima intensidad en la segunda mitad del 2008, es una conmoción que abarca a las actividades especulativas y al crédito a la actividad económica real.

El derrumbe compromete a la totalidad del sistema, a las mayores entidades de los principales países e implica, una pérdida de riqueza virtual, comparable a la registrada durante la gran crisis mundial de los años treinta. El colapso de las cotizaciones es de una dimensión gigantesca. Entre fines del 2007 y a la actualidad, el valor de mercado de los activos financieros negociados en todas las bolsas de valores del mundo, cayó en alrededor de u\$s 30 billones. La pérdida equivale a dos veces el PBI norteamericano y el 40% del PBI mundial. El desplome de más del 90% del valor de mercado de entidades financieras emblemáticas, es asombroso.

La crisis arrasó con el patrimonio neto de grandes entidades financieras y empresas de la economía real y provocó una enorme pérdida de riqueza de las familias, particularmente en sociedades, como la norteamericana, en las cuales, los particulares tienen colocados sus ahorros en activos financieros y fondos de pensión, además de un alto nivel de endeudamiento. Consecuentemente, el contagio de la actividad real es también masivo, imprimiendo un sesgo contractivo a la demanda agregada de consumo e inversión en las mayores economías industriales, con repercusiones en el resto del mundo y el comercio internacional. Las expectativas negativas agravan las consecuencias de los problemas reales. Se está en presencia de una crisis sistémica de vasto alcance y en un punto de inflexión en la evolución de la economía mundial y la globalización.

Las consecuencias de la crisis

El descalabro de la globalización financiera y su impacto sobre la producción, el empleo y el comercio mundiales, pone de manifiesto cuatro hechos principales. A saber:

1. La inviabilidad de un sistema financiero internacional desregulado y de la prolongación en el tiempo de una masa de deuda impagable y de activos sin resaldo,

2. La inviabilidad de prolongar indefinidamente el déficit de los pagos internacionales de los Estados Unidos.
3. El descrédito de la ideología del mundo del dinero, es decir, el neoliberalismo, y
4. La reaparición del Estado como tabla de salvación de las economías de mercado.

Los cambios previsibles:

Estos hechos provocarán cambios significativos en el funcionamiento del orden económico mundial, respecto del observable antes de la crisis. Tales cambios incluyen los siguientes:

1. *Marco regulatorio.* Aumento de las regulaciones del funcionamiento de las entidades financieras, los llamados “paraísos fiscales” y los movimientos internacionales de capitales. Las nuevas normas serán concertadas a nivel internacional y, básicamente, entre los Estados Unidos, la Unión Europea, Japón y China. También está en juego el destino de los fondos públicos asignados al rescate de las entidades financieras cuyos malos negocios y políticas provocaron la crisis. ¿Se va salvar a los banqueros, con dinero de los contribuyentes, o se va a nacionalizar, aunque sea transitoriamente, a las entidades insolventes? Por otra parte, si la masa de deuda es impagable tiene que haber una reducción de deuda y, como contrapartida, una quita también en el valor de los activos. Argentina proporciona un ejemplo ilustrativo en la materia. Del *default* se salió con una quita de deuda y la conversión de los activos por otros nuevos a niveles, plazos y rendimientos, manejables.
2. *Ajuste norteamericano.* La economía norteamericana tenderá a restablecer el equilibrio de sus pagos internacionales. Esto quitará el fuerte impulso a la demanda y la inversión en economías emergentes (particularmente la de China), las cuales, deberán aumentar su capacidad de absorción de recursos a través de la expansión de sus mercados internos. Cabe esperar cambios importantes en las corrientes de comercio entre la economía norteamericana y la china y de otros países emergentes y una probable desaceleración de la tasa de crecimiento del comercio mundial.
3. *Ideología.* En el plano de las ideas, la repercusión de la crisis no es menor a la de su impacto en las finanzas y la economía mundiales. Ahora vuelve a plantearse la necesidad de un nuevo orden de ideas, capaz de orientar la salida de la crisis y la globalización del futuro orden mundial.

En las mayores economías industriales, se advierte la pérdida de influencia del canon neoliberal y el surgimiento de nuevas versiones del paradigma keynesiano. Esto incluye el debilitamiento del “pensamiento céntrico” y su gravitación en los países en la periferia del sistema. Aparece así un vacío teórico, en el cual, la racionalidad de los centros dominantes pierde bases de sustentación teórica y, consecuentemente, debilita su influencia hegemónica sobre las ideas y las políticas económicas del resto del mundo.

El descrédito del canon neoliberal abre nuevas fronteras del pensamiento crítico, tanto en los centros como en la periferia. Respecto de los primeros, el hecho se observa en la declinación de la influencia de pensadores, como Hayek y Friedman, y de teorías, como la de las expectativas racionales. A su vez, es creciente la repercusión que tienen actualmente las opiniones de economistas heterodoxos, como Stiglitz, Krugman y Rodrick. En América Latina sucede otro tanto. Mi propia experiencia personal proporciona un ejemplo, en torno de la repercusión de propuestas como “vivir con lo nuestro” y construir la “densidad nacional” como fundamento del desarrollo económico y social.

4. *El Estado*. La crisis provocó la reaparición del Estado y las políticas públicas como tablas de salvación de las economías de mercado. Se amplían de las áreas de actuación de las políticas públicas, no solo en la regulación del sistema financiero sino, también, en la de los mercados, la distribución del ingreso y la demanda agregada.

Lo que no cambiará:

Otras tendencias y comportamientos del orden mundial, seguirán inalterados después de la crisis. Principalmente, los siguientes:

1. *Ciencia y tecnología*. La capacidad de gestionar el conocimiento, vale decir, de incorporar ciencia y tecnología en el tejido económico y social, es la clave del desarrollo de las naciones y de su influencia relativa en el funcionamiento del sistema global.
2. *El poder*. Las redes de la globalización son diseñadas y organizadas por el poder relativo de los países que participan en el sistema global. La división internacional del trabajo es el mejor indicador de los distintos niveles de desarrollo de los países. Los avanzados serán el origen de las exportaciones con mayor contenido de valor agregado y tecnologías y de las corporaciones que se proyectan a escala mundial. Los rezagados seguirán dependiendo de la exporta-

ción de bienes fundados en los recursos naturales, bajos salarios, menor valor agregado y contenido tecnológico y posición subordinada de sus empresas propias. Este es el modelo que Prebisch definió como de “centro-periferia”

El modelo no cambia, en lo fundamental, con la emergencia de nuevas naciones industriales, como los “tigres asiáticos” y, sobre todo China. Estos países se vinculan con los países industriales en una relación *centro-centro*, de intercambios entre estructuras productivas comparables. Con los países subdesarrollados, se vinculan en la tradicional relación *centro-periferia*. Basta con ver la división internacional del trabajo que se está produciendo entre China y América Latina, incluyendo la Argentina. Esta estructura de la división del trabajo condiciona el resto de las redes de la globalización, es decir, las inversiones privadas directas y los movimientos de capitales financieros. Incluso, las corrientes migratorias, en las cuales, se observa que el subdesarrollo expulsa población hacia economías más prósperas del centro del sistema.

3. *Ideologías*. Continuarán las asimetrías en la visión del mundo, del proceso de desarrollo y las relaciones internacionales, conforme al posicionamiento de los países en el orden global. Después de la crisis, las economías industriales avanzadas y, presumiblemente, las emergentes, incluyendo China, seguirán insistiendo en las bondades de la apertura y del libre juego de la oferta y la demanda en los mercados, aunque, probablemente, con menor énfasis que antes de la crisis, sobre todo en relación a la globalización financiera. Los programas de “ayuda” bilateral y los del FMI y del Banco Mundial seguirán respondiendo a la visión céntrica del desarrollo y las relaciones internacionales. Es altamente improbable que estos programas destinados a las economías subdesarrolladas, incluyan los fuertes componentes heterodoxos y endógenos que son necesarios para la transformación productiva y gestionar el conocimiento en los países de la periferia.

El orden mundial futuro:

En consecuencia, en el orden mundial emergente, después de la resolución de la crisis actual, seguramente seguirá prevaleciendo lo siguiente:

1. *La organización del sistema*. Las reglas de la globalización administradas por la OMC, el FMI y la OMPI (propiedad intelectual), seguirán siendo fuertemente influidas por los intereses y las visiones de los países centrales. Habrá, probablemente, mayor flexibilidad en las normas pero sin cambios sustantivos

en el comportamiento de estas organizaciones que reflejan, esencialmente, los intereses de los Estados Unidos, la Unión Europea, Japón y, presumiblemente, en el futuro, China. Es inconcebible, por ejemplo, que el FMI apoye programas con tipos de cambio de equilibrio desarrollistas (TCED) que estimulen la industrialización de la periferia. Seguramente seguirá insistiendo en tipos de cambio de equilibrio de mercado (TCEM) y, consecuentemente, en la reincidencia de la *enfermedad holandesa* en la periferia.

2. *El desarrollo.* El desarrollo de América Latina y del resto del mundo subindustrializado seguirá dependiendo esencialmente de la calidad de las políticas nacionales y de estrategias de inserción internacional compatible con el despliegue de su capacidad de gestionar el conocimiento. El contexto internacional será probablemente fundado en principios menos dogmáticos vinculados a los intereses de los centros de poder internacional, pero los países seguirán creciendo de adentro hacia y no a la inversa y, en primer lugar, como resultado de la calidad de sus respuestas a los desafíos y oportunidades de la globalización. La densidad nacional de los países, vale decir, su cohesión social, liderazgos nacionalistas, estabilidad institucional y pensamiento crítico, seguirán siendo las condiciones básicas para desplegar políticas válidas en el orden global que emergerá después de la crisis. Algunos países por razones varias, principalmente, sus medios insuficientes para construir sobre bases propias capacidad de gestión del conocimiento, dependerán necesariamente del aporte de recursos externos para el despegue de su desarrollo. Es la situación, por ejemplo, de varios países de África.
3. *La ecología.* Es también previsible, sobre todo, por el cambio en el gobierno de los Estados Unidos, mayor énfasis en los llamados *global commons* referidos a la defensa del medio ambiente y la explotación de los recursos naturales. Pero esto, presumiblemente atenderá a las preocupaciones principales de los países centrales, sin tomar en cuenta los problemas de la pobreza y las asimetrías en los niveles de bienestar prevalecientes en el planeta. Es, incluso, previsible que las preocupaciones ambientalistas de los centros de poder mundial los lleve a proponer limitaciones en el uso de los recursos naturales en los territorios de países de la periferia, como se observa, por ejemplo, en el debate sobre la deforestación de la Amazonia brasileña. Al menos en el futuro previsible, no cabe esperar, del lado de las políticas ambientalistas, modificaciones significativas al funcionamiento y reparto del poder y el bienestar en la economía global.

Desafíos y respuestas de América del Sur

¿Qué enseñanzas nos dejan los acontecimientos actuales? En cierto sentido, nada nuevo. Concluir que, para defenderse de las turbulencias externas, es preciso tener la casa en orden, es decir, operar con sólidos equilibrios macroeconómicos en las finanzas públicas y los pagos internacionales. Concluir, también, que el desarrollo económico sigue siendo lo que siempre fue, es decir, la construcción de cada sociedad, en su espacio nacional, de las sinergias esenciales para desplegar su potencial de recursos, generando y asimilando el conocimiento disponible. Vale decir, que los acontecimientos actuales vuelven a demostrar el papel fundamental de la densidad nacional de los países para vivir con lo suyo, abiertos al mundo, en el comando de su propio destino. Así como Keynes vuelve al Norte, aquí, en el Sur latinoamericano, vuelven Raúl Prebisch, Celso Furtado y los otros fundadores del estructuralismo latinoamericano, como referencia esencial para enfrentar con éxito los desafíos que plantea la extraordinaria actual crisis del orden mundial.

El mensaje es también claro para la integración regional y renueva el proyecto inconcluso de asociar a nuestros países en una empresa conjunta de desarrollo fundado en nuestros propios mercados y recursos y nuestra capacidad fortalecida de gestionar el conocimiento. Para avanzar en la integración regional es preciso reconocer la magnitud de los desafíos que nos plantea la crisis mundial pero, también, los obstáculos existentes dentro de nuestro propio espacio. Enfrentamos el desafío de integrarnos y, simultáneamente, avanzar en la construcción de los desarrollos nacionales, transformar la inserción en el orden mundial globalizado y dar respuesta a las profundas asimetrías, de tamaño y niveles de desarrollo entre nuestros países.

La reaparición del pensamiento crítico y el Estado

¿Como impacta en nuestros países de la revisión de las ideas y del papel del Estado, que tiene lugar en el orden global?. Vuelve a plantearse un vacío en el pensamiento hegemónico de los centros y, nuevamente, el desafío de construir un pensamiento propio para enfrentar la crisis y fundamentar la estrategia de desarrollo. Conviene detenerse, brevemente, en recordar algunos acontecimientos del pasado relevantes para observar la actualidad.

Debido a la crisis global en la década de 1930 y la Segunda Guerra Mundial, el pensamiento hegemónico de los centros, se desplomó. Fue en ese vacío teórico, que, a mediados del siglo pasado, bajo el liderazgo de Raúl Prebisch, pensadores sociales de América Latina formularon una teoría del desarrollo. La misma respondía a una interpretación estructural, histórica y sistémica de las causas del atraso, predominante en nuestros países. Sobre estas bases, se formuló una estrategia de crecimiento asentada en la industrialización y la modificación del estilo de inserción en la división internacional del trabajo. La propuesta incluyó promover la integración latinoamericana. La intervención del estado inherente al pensamiento estructuralista latinoamericano, fue legitimada por la misma política de los centros. Librados a sus propias fuerzas, nuestros países no solo tuvieron que mirar hacia el mercado interno sino, además construir, un paradigma de desarrollo alternativo y emplear nuevos instrumentos, como el control de cambios.

El nuevo paradigma tenía bases vulnerables. No sobrevivió las limitaciones emergentes del estado desarrollista coexistiendo con las mismas raíces del privilegio y la concentración de la riqueza del pasado histórico. Cuando el poder céntrico se reconstituyó en torno de la hegemonía norteamericana y las nuevas fuerzas de la globalización, América Latina volvió a quedar atrapada en las redes del pensamiento céntrico, ahora, en su versión neoliberal, la ideología del mundo del dinero.

En la actualidad, para enfrentar la crisis es preciso, en primer lugar, observar la realidad desde nuestras perspectivas. Debemos afirmar el convencimiento de que nuestros países se construyen desde adentro hacia afuera y no a la inversa, que no deben buscarse “nichos” para una asociación subordinada a la globalización sino construir espacios propios para gestionar el conocimiento. No son recursos los que nos faltan sino estrategias para vivir con lo nuestro abiertos al mundo, en el comando de nuestro propio destino. Para enfrentar la crisis actual el primer desafío se plantea en el terreno de las ideas.

El impacto de la crisis y las respuestas

La magnitud del impacto de la crisis mundial del mundo del dinero sobre cada uno de nuestros países, depende del nivel de deuda doméstica y externa y de la capacidad de financiarla con recursos propios. El apalancamiento y la relación deuda/patrimonio neto, es determinante de la solidez o vulnerabilidad de las entidades financieras, las empresas y las familias. Cuanto más sólida es la solvencia y liquidez del sistema financiero y menor la relación deuda/patri-

monio neto de las empresas y las familias, mayor es la capacidad de resistencia al contagio de la crisis. En el sector público, cuanto menores son las relaciones servicio de la deuda/superavit primario del Tesoro y servicios de la deuda externa/superavit de la cuenta corriente del balance de pagos, más sólidas son las finanzas del Estado y menos vulnerables a los *shocks* externos.

En el caso argentino, las entidades financieras están sólidas con una holgada relación deuda/patrimonio neto, liquidez por encima de los encajes legales, bajo nivel de incobrabilidad y calce de préstamos en moneda nacional con fondeos también en moneda nacional y préstamos en moneda extranjeras con depósitos locales en moneda extranjera. El nivel de endeudamiento de las empresas y las familias es relativamente bajo. Los préstamos representan solo el 13% del PBI. La deuda externa privada es manejable. Las empresas no se involucraron en operaciones especulativas en el mercado de cambios a futuro, como sucedió en algunas firmas brasileñas. Respecto de la deuda pública, la exitosa operación de salida del *default* en 2005 y canje de deuda vieja impagable, colocó los servicios futuros dentro de la capacidad de pagos con recursos propios. Desde mediados del 2002, el Estado opera con sustantivos superavit primarios y el balance de pagos con superavit en las cuentas comercial y corriente. El Banco Central cuenta con un buen nivel de reservas internacionales y tiene los medios necesarios para regular el mercado de cambios y de dinero doméstico. En consecuencia, en el caso argentino, el contagio financiero de la crisis global es moderado y su impacto en el volumen de préstamos y tasa de interés poco significativo. La situación podrá mantenerse siempre y cuando se consolide la solvencia fiscal y externa, se opere con un tipo de cambio competitivo y fortalezca la capacidad de financiamiento con recursos propios.

En todos nuestros países, el contagio de la crisis es grave por el lado de la economía real. La transmisión se realiza por dos canales principales: el comercio exterior y las expectativas de la sociedad. La baja de los volúmenes y precios de los *commodities* debilita la demanda agregada y reduce el ingreso de divisas. El cuadro general de incertidumbre deprime la demanda privada de consumo e inversión y afecta, en primer lugar, a los sectores productores de bienes de inversión y durables de consumo. La baja del empleo y la masa salarial comprime aún más la demanda efectiva. La segunda vía de transmisión son las expectativas negativas, las cuales, comprimen aun más el gasto y provocan la cobertura del riesgo percibido. Esto último provoca la fuga de capitales. En el caso argentino, por ejemplo, este efecto es muy grave y fue agravado por la crispación en el debate sobre la política económica. En los últimos dos años han salido más de u\$s 20 mil millones, absorbiendo el su-

peravit del balance comercial. Es una fuga comparable a la que precedió la debacle de fines del 2001 y el *default*. Ahora, la situación es distinta porque la economía se financia con ahorro interno y con excedentes reales en el presupuesto y el balance de pagos. En consecuencia, se pudo soportar el drenaje sin perder los equilibrios macroeconómicos. En cualquier caso, la fuga de capitales debilita la posición financiera y deprime el gasto, la producción y el empleo.

En todos nuestros países estamos en presencia de un fuerte contagio derivado de la crisis mundial. La política económica enfrenta el desafío de sostener la demanda efectiva, la producción y el empleo. La capacidad de respuesta de los gobiernos descansa esencialmente en la movilización del ahorro interno y del superavit de la cuenta corriente del balance de pagos, como fuente fundamental del financiamiento. Cuanto más sólidos son los equilibrios macroeconómicos y menor la dependencia del crédito externo, mayor es la capacidad de maniobra de la política económica de enfrentar la crisis.

Los principales instrumentos de que dispone la política económica son tres: el gasto público, el tipo de cambio y la movilización del crédito interno.

1. *El gasto público*. Debe contribuir a sostener la demanda efectiva frente a la contracción de sus otros componentes: exportaciones y consumo e inversión privados. Es el papel clásico del gasto público en el enfoque keynesiano. El crédito externo, si estuviera disponible, solo sería conveniente dentro de los límites impuestos por la capacidad futura de servir la deuda en moneda extranjera. En nuestros países, a diferencia de los Estados Unidos y otros países industriales, el déficit fiscal es una alternativa reducida o inexistente.
2. *El tipo de cambio*. Es un instrumento crítico de la política económica. El tipo de cambio necesario de equilibrio desarrollista (TCED), es aquel que fortalece el balance de pagos en cuenta corriente porque: 1) privilegia el comercio nacional en las decisiones (de las empresas, las familias y el gobierno) de gastos de consumo e inversión; 2) estimula la diversificación de las exportaciones incorporando bienes y servicios de creciente contenido tecnológico y valor agregado y, por lo tanto, impulsando la gestión del conocimiento y la transformación de la estructura productiva; 3) logra que el lugar más rentable y seguro para invertir el ahorro interno sea el propio país, y 4) desalienta los movimientos de capitales especulativos creando incertidumbre en los especuladores y previsibilidad en los tomadores de decisión de inversión productiva. El TCED difiere del tipo de cambio de equilibrio de mercado (TCM). Este resulta de la oferta y demanda de divisas en el mercado influidas, en países

como los nuestros por las variaciones en los precios de los *commodities* y los movimientos de capitales especulativos. Estos hechos tienden a apreciar la paridad y generar la *enfermedad holandesa*. Particularmente, en una situación crítica como la actual, nuestros países deben sostener una política de TCED.

3. *El ahorro interno*. Es preciso rechazar el supuesto que nuestros países carecen del ahorro interno para financiar su desarrollo y que, por lo tanto, es indispensable recurrir al crédito y la inversión extranjeros. El problema no es la insuficiencia de ahorro interno sino, como lo explicó Raúl Prebisch en sus estudios sobre el capitalismo periférico, el despilfarro del consumo conspicuo derivado de la desigualdad en la distribución del ingreso y la ausencia de canales adecuados de canalización de recursos. Respecto de esto último una excepción notable es el Banco Nacional de Desarrollo del Brasil, una de cuyas principales fuentes de fondeo proviene de alícuotas sobre la masa salarial y cuyos préstamos son instrumentos fundamentales del desarrollo del país. En la inversión privada directa extranjera, lo importante no es su aporte de capital, sino el de tecnología y acceso a los mercados internacionales.

En el caso argentino, actualmente el ahorro interno es cercano al 30% del PBI, equivalentes a más de US\$ 100 mil millones anuales. En el marco de la estrategia neoliberal, se disolvió el Banco Nacional de Desarrollo, creado en 1970 durante mi gestión en el Ministerio de Economía. El país se endeudó hasta el límite de la insolvencia y vendió a filiales de corporaciones transnacionales, el control de los principales activos en petróleo, energía, telecomunicaciones y las mayores empresas privadas. De las mayores 500 empresas del país, más de 300 son filiales y generan más del 80% del valor agregado de la muestra. El epílogo fue el *default* y el descalabro del 2001/02. Consecuentemente colapsó la tasa de inversión a sus niveles más bajos del 12% del PBI en 2002 y registró una fuga masiva de capitales.

En resumen, la adecuada regulación de los mercados financieros locales, el control de los capitales especulativos, paridades según el TCED y sólidos equilibrios macroeconómicos, son condiciones necesarias para movilizar los recursos internos y sostener la inversión, la producción y el empleo.

El Mercosur y Unasur

La crisis mundial y el orden mundial emergente renueva el desafío de la integración de nuestros países. Dadas las circunstancias propias de la región,

no es viable dejar librada la integración a las fuerzas del mercado, en una aproximación esencialmente comercialista. Debe ser, en cambio, un proceso administrado, suficientemente firme y flexible, para abrir simultáneamente oportunidades, a todos sus miembros, consistentes con su propio desarrollo y transformación interna que, incluye, en primer lugar, expandir el empleo y promover el desarrollo social.

Es necesario concentrar las acciones en los puntos críticos del sistema, a través de las políticas públicas de los países y de las políticas comunitarias.. Es decir, aquellos con mayor potencial de derrame sobre el desarrollo de los países y la misma integración. Tal, por ejemplo, la infraestructura de transportes y comunicaciones y, en particular, la energética. Más allá del gas, el petróleo y la hidroelectricidad, otras fuentes de energía ofrecen inmensas posibilidades de integración, como es el caso de la energía nuclear. En este terreno, la complementación del parque nucleoelectrico de Argentina y Brasil, con cuatro centrales en operación y dos en construcción, ofrece una inmensa posibilidad de desarrollo, con derrames en los sistemas nacionales de ciencia y tecnología. Este fue el objetivo de la creación de la AABAEN (Agencia Argentino Brasileña de Cooperación en Energía Nuclear), durante mi desempeño en la Presidencia del Directorio de la Comisión Nacional de Energía Atómica. El fortalecimiento de la autonomía financiera es otro objetivo fundamental y el proyectado instrumento regional de financiamiento del desarrollo, una iniciativa de gran importancia.

Los acuerdos sectoriales de integración industrial, como el de bienes de capital, constituían un instrumento clave de los acuerdos bilaterales firmados por los presidentes Alfonsín y Sarney. Tenían el objetivo de abrir espacios de rentabilidad en los dos países, impulsar las inversiones y promover la especialización intraindustrial. Es necesario recuperar este instrumento en el MERCOSUR y en UNASUR.

Reactivar la programación del desarrollo industrial conjunto a través de acuerdos en sectores claves, como bienes de capital, informática, telecomunicaciones y biotecnología, celulosa y papel, abriría espacios de rentabilidad que atraerían, en primer lugar, a empresas y recursos regionales, cuyo protagonismo es esencial para la consolidación de la integración. Contribuiría, también, en la resolución de los litigios planteados en diversos sectores por las asimetrías existentes en las capacidades productivas nacionales y en la composición del intercambio.

En la programación de la integración científica y tecnológica, es preciso reactivar objetivos de los acuerdos bilaterales argentino brasileños, como fueron los referidos a biotecnología e informática. La cooperación en materia de defensa y equipamientos militares fabricados en la región, se ubica en el mismo contexto de

la programación sectorial en áreas claves. Asimismo, la afinidad cultural entre los pueblos de la región, ofrece un inmenso espacio de posibilidades para emprendimientos conjuntos de respaldo a las múltiples expresiones de la creatividad, universalmente reconocidas, de nuestras sociedades.

Las diferencias de las situaciones internas de cada país condiciona la coordinación de las políticas macroeconómicas.. Las mismas se reflejan en las asimetrías de las paridades cambiarias, las tasas interés, el nivel de la actividad económica y la evolución de los precios. La experiencia comparada de Argentina y Brasil, revela como las respectivas situaciones macroeconómicas, a través, principalmente, de los cambios en el nivel de actividad y la modificación de la paridad del peso y el real, repercuten en las corrientes de comercio bilateral y de inversiones privadas directas extranjeras.

Es improbable, al menos en plazos previsible, que se logre armonizar el comportamiento de las paridades, las tasas de interés y la evolución del nivel de actividad, a través de la coordinación de las políticas fiscal, monetaria y de balance de pagos. Cabe esperar que las asimetrías en las variables macroeconómicas continúen modificando las condiciones de competitividad y las corrientes de intercambio. Serán otros instrumentos los que deban emplearse para preservar los equilibrios dentro del sistema y el reparto equitativo de los beneficios de la integración. Ente ellos, el uso prudente de cláusulas de salvaguardia, la programación conjunta de inversiones en el seno de los acuerdos sectoriales, incluyendo programas comunes de inversión pública y el crédito para proyectos compartidos. La dificultad de coordinar las políticas macroeconómicas no impide avanzar en la consolidación de la situación financiera a través de decisiones como realizar el intercambio sobre la base de las monedas nacionales.

En el sendero de transformación, que cada país construirá a su manera, la integración regional conserva un potencial considerable para ampliar los mercados, coordinar complejos productivos, desarrollar la infraestructura compartida, promover la ciencia y la tecnología y concertar posiciones conjuntas frente al orden mundial, en cuestiones críticas que nos conciernen, como la paz y la seguridad, la defensa del medio ambiente, la lucha contra la drogadicción y el narcotráfico y las reformas en los regímenes de comercio, propiedad intelectual y financiero internacionales.

Cronologia do processo editorial

Recebimento da comunicação: 31-mar-2009 | Aceite: 04-abr-2009